

SUPIOT, Alain, “*Homo juridicus*. Ensayo sobre la función antropológica del derecho”, trad. Silvio Mattoni, Bs. As., Siglo Veintiuno, 2007, 295 páginas.

En este original trabajo el especialista francés en Derecho del Trabajo Alain Supiot examina el papel del derecho y de la aspiración a la justicia como estructurantes de los lazos sociales. Sugiere además que a diferencia de antaño, la religión y el Estado no aseguran ya los valores fundamentales. Según el autor, el Derecho tiene una función antropológica, constituyendo a las personas como seres racionales a través de vincularlas, por medio de la palabra, a sus dimensiones biológica y simbólica.

Supiot examina la relación entre la sociedad y el discurso jurídico, elaborando un manifiesto a favor de la función humanizante del Derecho. Se opone el autor a la idea de un mundo construido y ganado sólo por la técnica, gobernado, o mejor, autogobernado por las leyes de la ciencia y la economía, y poblado de contratantes sólo orientados por el cálculo y el interés individual.

Para el autor el hombre vive en un universo de sentido, ese universo está especialmente configurado por el lenguaje, el primer legislador que se nos presenta oculto detrás de la madre que nos enseña a hablar. El Derecho sería una vía más, junto con la lengua, el rito, la religión, etc. a través de las cuales el hombre inscribe en el universo su existencia biológica.

La persona es en este planteo una invención jurídica, que vive y muere en el marco simbólico del derecho, y que por eso mismo debe ser protegida. Aquél tiene también una “función dogmática”, ya que es actualmente el reservorio de las creencias más profundas que fundan la convivencia social en Occidente, a la vez que sirve como una barrera frente al cientificismo totalitario, y atempera los excesos que la tecnología perpetra en detrimento de la autonomía de las personas. El autor cree que el derecho es el modo de implementar la justicia en la sociedad secular, pero no es una técnica que pueda ser manipulada a voluntad.

La obra se divide en dos partes llamadas “Dogmática jurídica: nuestras creencias fundadoras” y “Técnica jurídica: los recursos de interpretación”

“Como cualquier sociedad, la nuestra se basa en una que determinada concepción del hombre que le da sentido a la vida humana” (p. 44). En Occidente este proceso se realiza a través de la figura de imago dei. El libro ofrece un análisis histórico del origen

de las nociones de individualidad, subjetividad y personalidad. Al ser considerado en Occidente el hombre creado a imagen de Dios, Supiot sugiere que la figura *imago dei* es fundante de la subjetividad del hombre. Dios es el tercero garante de la identidad humana. Al caer en la modernidad este soporte, es el Derecho el que ha venido en reemplazo de esa función. El Derecho, con el Estado como herramienta, es el tercero que garantiza a los seres humanos del ataque de los “otros”, y de sus propias creaciones tecnológicas.

Se llama la atención acerca del rol de la figura del contrato en la historia jurídica, quedando a partir de la Ilustración como la fuente de Derecho hábil para vincular a todas las culturas por igual, haciendo del principio *pacta sunt servanda* el gran denominador común de la historia y el derecho comparados. El autor es crítico respecto de los efectos que esto tiene como núcleo ideológico de la globalización.

Según el autor, las notas más marcadas de la vida jurídica actual son la extensión de los derechos subjetivos, la aparente extensión de las potencialidades humanas y la expansión del modelo contractual, en especial a nivel internacional. El contrato aparece como la principal fuente de legitimación, convenio entre personas libres, pero necesita la presencia garante de un tercero (el Estado). Pero a entender de Supiot la existencia de un gran número de agencias con pretensiones gubernamentales hace esto ilusorio, se habla entonces de una refeudalización de la sociedad.

El Derecho actual, en sus aspectos normosociológicos diríamos, recorre el camino desde la institución a la red: en la red la responsabilidad se diluye. La reminiscencia de Maine y el camino del status al contrato es clara. En la net el texto sufre una transformación, se convierte en hipertexto, pero dicha transformación no es inocente. En la continúa ligazón de los textos, toda noción de jerarquía se pierde. El mejor ejemplo de ello es el derecho europeo, en el que a través de la transposición de normas las directivas representan un formato común que debe ser seguido y adaptado a cada legislación nacional, sin mayor preocupación por la jerarquía del derecho interno. A través de la *World wide web* lleva a su fin la concepción piramidal del mundo, central en el Derecho, con el advenimiento de la red. Esta situación se ejemplifica con las transformaciones del mundo del trabajo, a través del fenómeno del trabajo a distancia (el teletrabajo): a través de él, el trabajador, antes más fácilmente protegible a través del trabajo en comunidad, en la fábrica, compromete toda su vida, a través de la ideología de la eficiencia, de la entrega del “mejor esfuerzo” y de la desaparición de las barreras entre la empresa y el hogar (el celular, el mail, el trabajo en red y la flexibilidad horaria terminan volviéndolo “transparente” a la organización empresaria).

Al criticar la idea de *gobernanza*, el autor es especialmente crítico respecto del movimiento que postula el paradigma de la autorregulación. El autor analiza el efecto de la globalización del derecho, que lleva por emblema el derecho de la concurrencia. Y se pregunta si esta disciplina podría llegar a fundar un orden jurídico, ya que aquella no se ocupa más que de la circulación de mercaderías, ignorando la suerte de los hombres concretos.

Se propone leer la globalización como un proceso de larga data, que tiene su origen por lo menos en el Renacimiento, a través del cual Occidente impuso al resto del mundo su superioridad técnica. La legitimidad de Occidente para considerar su escala de valores como universal estaría en duda, en tanto aquella globalización se hizo sobre bases específicamente materiales. La superioridad técnica no implicaría una superioridad moral.

Esa convicción, la de la superioridad moral, implica también el nacimiento en Occidente de un verdadero fundamentalismo de los derechos del hombre. Se plantea la necesidad de evitar la caída en una interpretación fundamentalista de los derechos humanos, entre las que el autor identifica tres posibles: el mesianismo (la imposición de su interpretación literal), el comunitarismo (los derechos humanos como muestra de la superioridad histórica de Occidente, “son un Decálogo sólo revelado a Occidente”), y el cientificismo (reductor de los derechos humanos a los dogmas de la economía o la biología, los que deben ser seguidos por todas las naciones). Se propone utilizar la rica tradición occidental del tema como “puente” entre culturas, recurriendo a interpretaciones teleológicas de los derechos humanos que permitan un diálogo entre culturas, desechando, de más está decirlo, las posturas afines al *clash* de civilizaciones.

Se trata en suma de un gran esfuerzo para mostrar al valor justicia como fundamento e motor de un régimen humanista. El autor elabora un planteo jerarquizador del Derecho, con gran confianza en su autonomía, sus posibilidades y su valor crítico.

MARÍA CRISTINA MUZZILLO - WALTER BIRCHMEYER